



CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS.

CORONEL JUAN BERNASSA Y JEREZ.



Es este un militar muy apreciado, muy correcto y formal que hasta hace poco tiempo dirigía la escuela militar;

de cuya dirección le separaron porque dió en censurar los ascensos que en pago de servicios se permitió el Gobierno regalar.

AÑO I
N.º 5
Abril 1.º de 1894

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO Y DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR

Los mismos precios en moneda equiva. lante con el aumento del franqueo.
Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 60 centesimos

•VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS•
•SE PUBLICA LOS DOMINGOS•

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez—«4 epigramas», por Lino Blanco—«A media noche», por Perezoso Zañago—«Siluetas incondicionales», por Miguelito «De velada», por Juan Pérez—«En el examen», por el de las gafas—«Para ellas», por Alina Doré—«¡Qué martirio!» por Pérez Zúñiga—«Teatros», por Re-Bemol—«Menudencias»—«Correspondencia particular»—Avisos
 GRABADOS—«Coronel Juan Bernassa y Jerez»—«En apuros»—«Los primeros trabajos»—Varios intercalados en el texto y avisos, por Sanuy.



Desde el principio de la semana la gente empezó á preocuparse muy seriamente por la absoluta tranquilidad que reinaba en las altas esferas de nuestra política.

En cambio, las altas esferas maldito si se preocupaban de lo que la gente pensara, lo cual dió por resultado que ésta, después de preocuparse se desazonara, y luego se alarmara ante tan imponente tranquilidad.

En efecto, en los primeros días no se oyó hablar de ningún atropello cometido por la policía, ni de la concesión de nuevos ascensos al personal de domésticos de cualquier general, ni de algún guardia civil muerto á manos de un oficial inspector, ni aún del domador, ni de otras tantas calamidades á que ya nos hemos acostumbrado de tal modo, que cuando nos pasamos sin ellas nos parece que nos falta algo.

¡Qué diablo! Uno le toma cariño ó apego, aún á las cosas más extraordinarias, y esta costumbre de oír cada día la infinita lista de barbaridades cometidas por los que mandan, se ha arraigado en nosotros con tanta fuerza como la con que ciertos conocidos míos y de ustedes se han prendido al presupuesto.

Y la prueba de que á las cosas más absurdas se acostumbra el hombre, es que ya no se desmaya nadie al saber que es Presidente, y por ende, excelencia, el que ustedes saben.

Pero, volviendo á lo de la tranquilidad alarmante aquella, por lo que á barbaridades se refiere, es del caso decir que la gente andaba ya desesperada con tan extraordinaria placidez, dado el caso de que á nadie habían partido los celadores en cuatro pedazos por detenerse en medio de la plaza, ni había intentado ningún comisario dar á sus subordinados, por único alimento, el sacado de sus propias carnes (las de los subordinados.)

Y, desesperada, aunque con buen apetito, ha tenido que quedarse, porque, hasta ahora, no se ha cometido, que yo sepa, ninguna barbaridad que pueda enorgullecernos, si se exceptúa el nombramiento del ministerio que quizá llegue á serlo.

Aparte del interés político que el tal nombramiento encierra, un interés de otro orden se agregaba á él. Se trataba, nada menos, que del primer paso dado en la arena política por la flamante Excelencia.

Vamos al decir: el ¡va pelota! de un jugador desconocido, pues lo cierto es que hasta la aparición del decreto, los trabajos presidenciales se habían limitado á buscar

casa apropiada al alto rango con que le agraciara la jaula, porque, á la verdad, era muy fuerte eso de que se hubiera perpetrado una *excelentización* en la persona de una *idem* que se llama Juan, con la circunstancia agravante de habitar en la calle Ituzaingó, entre Brecha y Camacúa!

De modo que fué necesario echarse á elegir casa, y digo á elegir, porque es voz corriente que le han sido ofrecidas muchas, lo cual no deja de ser extraño, pues hoy en día los caseros más se preocupan de espulsar á los que por respeto á la familia aún se atreven á vivir bajo techo, que de ofrecer sus casas á alguien; que no está para ofrecimientos la época!

Pero, ni por esas ha logrado su excelencia encontrar una á su gusto.

Verdad es también que quiere una de altos y bajos, pretensión que ha intrigado á más de un casero.

—Diga usted, don Melitón, preguntaba anteayer uno de los tales, á otro de los tales, ¿Para qué demonios querrá don Juan una casa de altos y bajos?

—Para ningún demonio, don Gaspar. Es cosa muy sencilla. La de altos ¡pues! para recibir á los altos, como Amuedo y demás hombres que cualquiera tomaría por palos de telégrafo en proyecto; y los bajos, ¡naturalmente! para don Manuel Anacleto Silva y demás gente menuda.

* *

Volvamos al ministerio.

Es el caso que el parto ha sido laborioso y tardío, cosa que, por lo visto, desde la elección presidencial va entrando en moda.

El tiempo se ha pasado en ofrecer carteras y en rechazarlas, porque, aunque parezca imposible, hay quien las ha rechazado.

¡Y pensar que existe tanta gente que se dedica á sustraer carteras, con grave peligro, cuando aún hay quien las rechace!

Pero, finalmente, se encontró quien las aceptase, ¡pues no se había de encontrar! y á la fecha ya tenemos nuestro gabinete constituido, lo cual si no nos llena de gozo, nos llena en cambio de ministros.

Y váyase lo uno por lo otro.

A la cabeza de él está don Miguel Herrera y Obes.

¡Qué le hemos de hacer!

Seguramente está de Dios ó de Herrera, que nuestra situación ha de seguir teniendo siempre Obes, ó lo que es lo mismo, be-moles.

En Hacienda tenemos á Vidiella; y de éste conviene decir que si consigue exprimir las rentas hasta hacerles dar tanto jugo como por espresión de sus uvas saca en su granja, vamos á esperar una verdadera borrachera de prosperidad.

De éste decía un diputado á otro:

—Yo creo que, infaliblemente, Vidiella tiene que granjearse las simpatías de todos.

—¿Y, por qué tiene usted tanta seguridad de que se las ha de granjear?

—¿Por qué? Porque tiene granja!

En cuanto al doctor Piñeyro del Campo, véase la reflexión que sugirió á un sujeto que con un su amigo platicaba ayer de tarde en la plaza Constitución, gozando el deleite, tiempo hacía no gustado, de permanecer allí sin ser duplicado por un machete policial.

—¡Pero amigo! ¿Cómo diablos nombran á ese señor del Campo para Ministro de Relaciones Exteriores? ¡Es una barbaridad!

—¿Por qué?

—Porque el Ministerio de Relaciones, requiere un hombre educado é ilustrado; como que ha de tratar con diplomáticos.

—¿Y por qué no ha de poder tratar bien con ellos el Dr. Piñeyro del Campo?

—¡Hombre! ¡Porque siendo *del campo*, ha de ser medio gauchón!

* *

Como es natural no faltan seres escépticos que esperen muy poca cosa, ó más bien dicho, muy poca cosa buena del nuevo ministerio.

Tal es don Dionisio, un conocido mío, que me decía anoche con aire sentencioso:

—¿Con que ya se ha nombrado el Ministerio?

—Sí, don Dionisio; se encontró al fin quien aceptara las carteras.

—¡Ah! ¿Con que ya tienen las carteras? Bueno; ya se preocuparán ellos de buscar con qué llenarlas.

Hay jente así, que siempre espera lo peor y... acierta.

¡Es inexplicable!

* *

Según dicen, el decreto nombrando los nuevos secretarios de Estado fué expedido el Juéves á las seis de la tarde, hora que, como los que aún coman sabrán, es dedicada en todas partes á la agradable tarea de llenar el buche.

Sin duda por eso sería que estando en casa de un amigo, que no por serlo deja de ser á la vez algo falto de discernimiento oí que contestaba á otro que llegó muy apurado, diciendo:

—¡Pepe! ¿Sabes? Idiarte Borda acaba de lanzar el decreto nombrando Ministerio.

—¿Lo lanzó? ¿A estas horas? De seguro, una indigestión de Ministerio.

* *

Mejor aún fué la reflexión que le sugirió á mi fámulo, bruto como un cerrojo y como un fámulo, la lectura de un suelto de *La Razón* que decía:

«Acaba de publicarse el decreto nombrando al doctor Miguel Herrera y Obes para desempeñar la cartera de Gobierno»...

Lo que hizo exclamar al fámulo:

—¿Cómo está la situación! Parece mentira que personas como ésta, se hayan visto obligadas á empeñar la cartera!

—¿Y quién te ha dicho eso? le pregunté.

—Pero, no ve usted que aquí dice que va á *desempeñarla*!

ARTURO A. GIMÉNEZ.



4 epigramas

Tres chicas tiene Ginés,
 (A cual de las tres más bella,)
 Y es su continua querella
 Deshacerse de las tres.
 Ponderándolas se espande
 Y así su valer explica:
 «El que me saque una chica
 ¡Ya se ha sacado la grande!»

Por santa en el mundo pasa
La jamoncita Nemesia,
Pues vá de casa á la iglesia
Y de la iglesia á su casa.
Y el secreto de ese afán,
De esos místicos fervores,
Consiste en que tiene amores
Con un ñato sacristan.

Vió con asombro Trujillo,
(Director del alumbrado)
Que su mujer, Luz Portillo,
A tres meses de casado
Le alumbró con un chiquillo,
Y ponderando á Pascual
La hazaña de su mujer,
De dijo, tieso y formal:
«Mi Luz tiene más poder
Que la luz municipal!»

«Por Ellauri votaré:
Soy hombre de convicciones,»
Dijo uno de esos tigrones
Que están... donde se les vé.
Votó á Chucarro primero
Con la flema de un inglés;
A Ellauri votó despues
Y al poco rato á Montero.
Por Borda más adelante,
Y á haber seguido el estrago
Le dá su voto á... Sayago,
¡Y se queda muy campante!

LINO BLANCO.



A media noche

EN EL CUARTO NÚMERO 2

—¡Pepe!... (¡Cómo ronca, parece que está ase-
rrando madera!) Pepe...
—¿Qué ocurre?
—Que dicen que hay fuego en la casa.
—¡Caracoles! De fijo lo ha prendido el casero.
—¿Cómo?
—Porque ha salido de aquí echando chispas.
—¡Ay! ¡Vístase usted, por Dios!
—Si no sé donde he puesto los calcetines
—Mire usted que vamos á chamuscarnos todo el
ser, y yo no estoy asegurada contra incendios.
—Ni yo tampoco. Anda, vete á la calle Agracia-
da número 100, á casa de mi hermano Pascual el
arquitecto, y dile que venga corriendo.
—Voy, señorito.

—¡Ajajá! Ya estoy. ¡Jesucristo, qué golpes! Y
cómo pitan los guardías civiles! ¡Parece que asis-
ten al estreno de una obra mia! ¡Maldito fuego!
Corro á salvar á mi encantadora Lola. ¡Cómo es-
tará su madre! ¡Ella que se quemara por todo!... Ea,
salgamos... ¡Uf, que humo!... ¡Pero qué aturdi-
do soy! ¡Pues no salgo en calzoncillos y con una
ratonera en la mano?

EN LA CALLE AGRACIADA NÚM 100

Tilín, tilín.

—¿Quién llama á estas horas?
—Dígame usted al señor Pascual que vaya volando
á la nueva casa del señor Pepe, Reconquista 69.
—Bueno. Irá en seguida.
(Y la criada regresa tan satisfecha, sin fijarse en
que ha equivocado el cuarto, y en vez de avisar á
don Pascual Cañizo, el arquitecto, ha llamado á don
Pascual Sanchez, especialista en partos laboriosos.)

EN EL PATIO DE LA CASA INCENDIADA

—¡Socorro!...
—¡Más agua por aquí!...
—¡Más agua por allá!...
—¡Hijo!...

—¡Padre!...
¡Abajo esa puerta!...
—¡Pum!... ¡Plaf!... ¡Cataplum!

EN EL CUARTO NÚMERO 1

—Tras, tras.
—¿Quién?
—Pepe Cañizo, el vecino del segundo.
—Adelante! (¡Qué facha!)
—Por Dios, salgan ustedes pronto, señoras, que
no saben ustedes lo desagradable que es el morir
carbonizados.
—¡Ay, Pepe, qué susto tan horrible! Anda
hija; coge las cucharas, las cucharillas y el cucha-
ron, y bájate á la calle inmediatamente.
—¿Y voy á salir así, mamá?
—¡Es claro! Debes ponerte unas flores en la
cabeza.
—¡Vecinas, á la calle!
—¿Y se nos va á quemar todo, señor de Cañizo?
—¡Ay, qué lástima! Que saquen el piano de cola
entre Pascasia y la sirvienta.
—¡Hija, ni que fueran hérculas!
—Pero, Lolita, ¿á dónde va usted ahora con la
piel de tigre?
—¡Como dicen que lo primero es salvarla piel!
—Deje usted eso, y toque retirada.
—¡Ay amigo mio! ¿querrá usted creer que con el
aturdimiento no recuerdo cuál es el santo abogado
de los incendios, y estoy rezando maquinalmente á
Santa Poionia como si me dolieran las muelas?
—Señora, rece usted á San Lorenzo; por si acaso;
pero despues, porque ahora hay prisa.
—Vamos, mamá. En estos casos hay que tener
mucho espíritu.
—¡Espíritu! ¡Dios mio! ¿Una materia inflamable?
Todo menos eso.
—Vámonos ya, que el humo nos ahoga.
—Pero, señora, ¿usted sabe cómo vá calzada?
Mire usted que lleva un pié metido en una zapatilla
y otro en una caja de sobres...
—Tiene usted razón. Lo primero que pierde uno
es la serenidad.
—Si, señor. Y lo segundo, las zapatillas.

DESDE UNA VENTANA DEL PISO ALTO

—¡Vecinooooos!...
—¿Qué hay?
—Se ha sofocado el incendio?
—Hasta ahora solo se ha sofocado la señora de
Gonzalez.
—Pues diga usted á las llamas que hagan el favor
de subir hasta aquí, á ver si concluyen de una vez
con las chinches de mi cuarto.
—¡Vaya usted al demonio!

EN EL CUARTO NÚMERO 2

—Tilín, tilín.
—¿Quién es?
—El doctor Sánchez, partero especialista.
—¡Jesús, María y José!
—¿A quien hay que asistir? Me han dicho que
venga al cuarto segundo... ¿Es acaso la señora de
usted quien me necesita?
—Señor mio, usted está loco. Largo de aquí, ó
le arrojó á usted al fuego
—Usted dispense; pero me pagará caro el bro-
mazo.
—¡Vaya usted á operar al presidente á ver si da á
luz de una vez el Ministerio.

EN LA PUERTA

—¡Basta!... ¡Ya está dominado!
—¡Vecinos, ya no hay nada! No ha sido más que
un descuido...
—No ha pasado del almacén.
—¿Habrá sido alguna chispa?
—Si, alguna chispa del almacenero, que las coge
buenas y luego no sabe lo que se hace. Bien, cada
mochuelo á su olivo.

EN EL CUARTO NÚMERO 3

—¿Qué tal, amigo Perez? ¿Ha tenido usted algún
desperfecto en su individuo?
—No; señor Cañizo. De nada me he aperci-
bido. Únicamente se me han ahumado los anteojos;
pero me felicito de ello, porque así me servirán pa-
ra ver los eclipses.
—Pues á mí hasta se me ha frito la sangre.
—Yo soy muy tranquilo. En la otra casa tuve un
incendio atroz, y... nada, ni me di por entendido,
y eso que hubo desgracias personales. Ya ve usted,
se quemaron la sala, la cochera y un corredor...
—¿Y llama usted á eso de gracias personales?
—Si, señor. Lasala. D. Pedro Lasala, era el vecino
del cuarto número 1. La cochera, era la mujer del
cochero, y el corredor, un corredor de bolsa que
vivía en el segundo cuarto.
—¡Ya!
—¿Gusta usted descansar?
—Mil gracias; me vuelvo al casto lecho.
—Pues abur.
—Buenas noches.

EN LA PRENSA AL DIA SIGUIENTE

«Anoche se declaró un violento incendio en una
casa amueblada de la calle Reconquista.
»Sufrieron desperfectos varios trastos (incluso el
dueño de la casa), y se quemaron tres calzoncillos y
una media. Aparte de esto, no hubo que la-
mentar más desgracias personales que la asfi-
xia de un honrado gallego que se hallaba durmiendo
con un perro suyo debajo del mostrador. Desde los pri-
meros momentos acudieron las bombas, el comisario,
el Jefe Político, varios maestros de escuela, el
Obispo de la Diócesis, la Sociedad protectora de
los animales y una seccion de artillería. Las pér-
didas materiales ascienden á la respectable cantidad
de cuatro reales y sesenta y cinco centésimos.

Perezoso Zañago.



Siluetas incondicionales

IV

Cuando él habla, su estilo metafórico,
al público asombrado deja extático,
pues su culto lenguaje siempre es ático
muy cáustico, zumbon y muy retórico.
Hombre de mucha práctica, y muy teórico,
parece á simple vista muy apático,
pero oculta su temple tan flemático
un carácter irónico y fosfórico.

Del turrón del Estado, gran fanático,
De todos los gobiernos cantor épico;
En formas cortesanas catedrático,
Romántico su porte nunca tétrico,
Es prójimo con viso diplomático,
Don Manolo Silvático Anaclético.

MIGUELITO.



De velada

Pues señor, no había más remedio que ofrecer-
se á velar al enfermo.

Al fin y al cabo era mi jefe, y hubiera sido en
mi desatención imperdonable despedirme de la jefa
sin decirle, siquiera, con la boca chiquita:

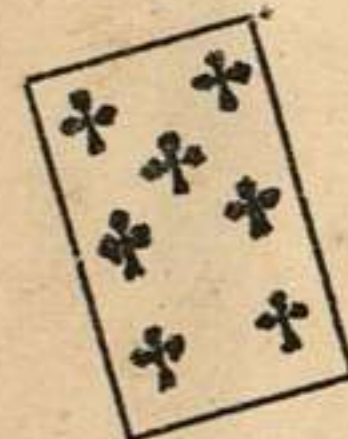
—«Señora, ¿quiere usted que me quede esta
noche?»

Yo no contaba con que la buena mujer aceptaria
mi ofrecimiento; pero me dió un sí natural sonoro,
rotundo, espampanante. O lo que es lo mismo: ¡me
partió por el eje!

Hube, pues, de quedarme, aunque dado á casi
todos los demonios, entre otras cosas, porque el
enfermo solía tratarme en la oficina no muy correc-
tamente. El último día que despaché con él me tiró
á la cabeza el tarro de la arenilla sin encomen-
darse á Dios ni al Ministro. ¿Y saben ustedes por
qué? Porque en una nota puse «hacienda» con H.
cosa que á él le atacaba los nervios.

Pues bien; repito que me resigné á pasar aquella
noche cuidando á mi respetable D. Anastasio Borron,
en compañía de un vecino suyo muy gordo y muy
comandante de artillería

Una criada morena y un gato rubio, inquieto y
mayon (era el mes de Enero) completaban en casa
de mi jefe el número de los veladores, es decir, de los
que velábamos, pues la señora del enfermo se echó

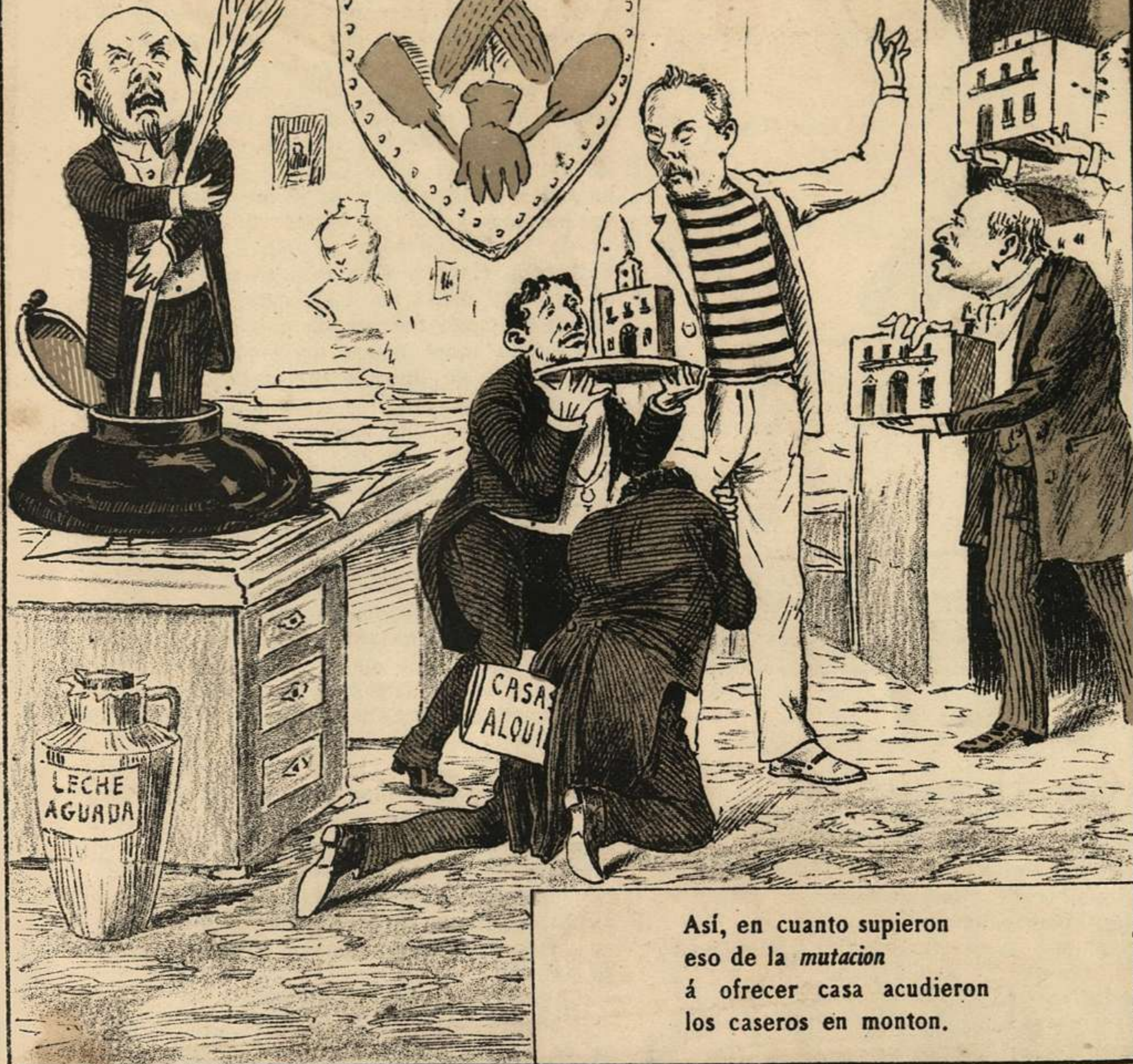


EN APUROS

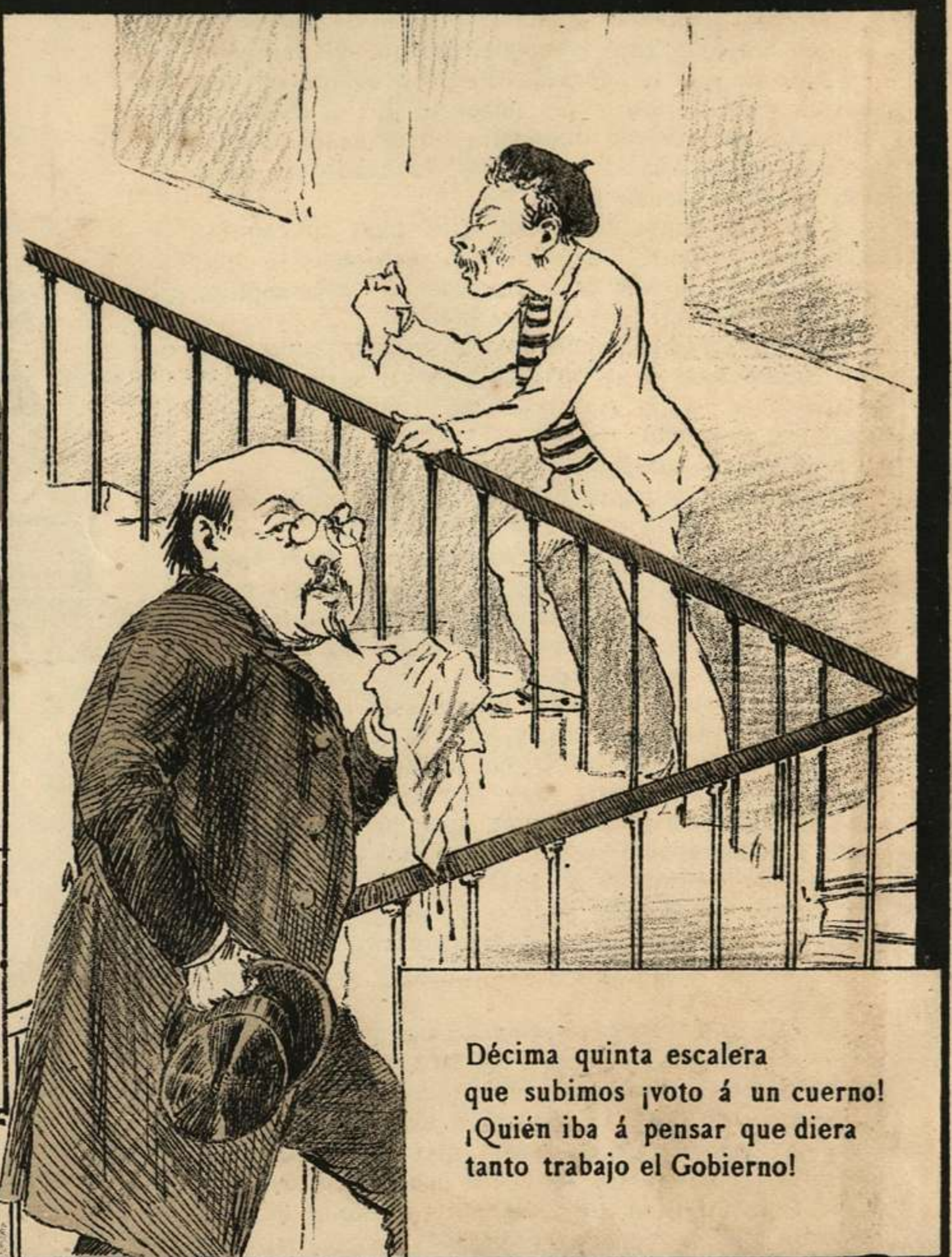


—«¡Por aquí señor don Juan!»
—«¡Señor don Juan por aquí!»
(De seguro que si así
siguen, al fin lograrán
que vaya á parar... allí.)

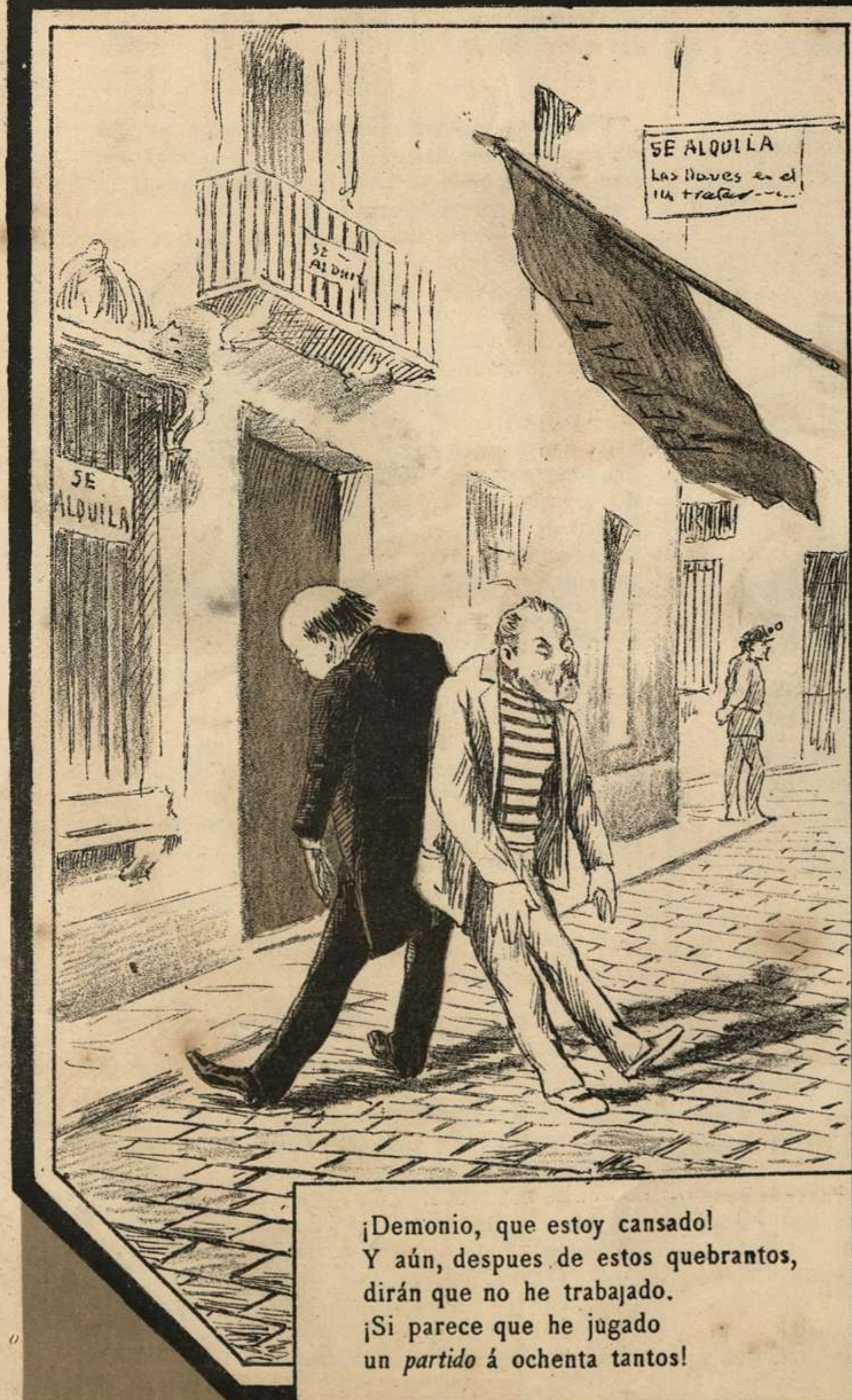
LOS PRIMEROS TRABAJOS



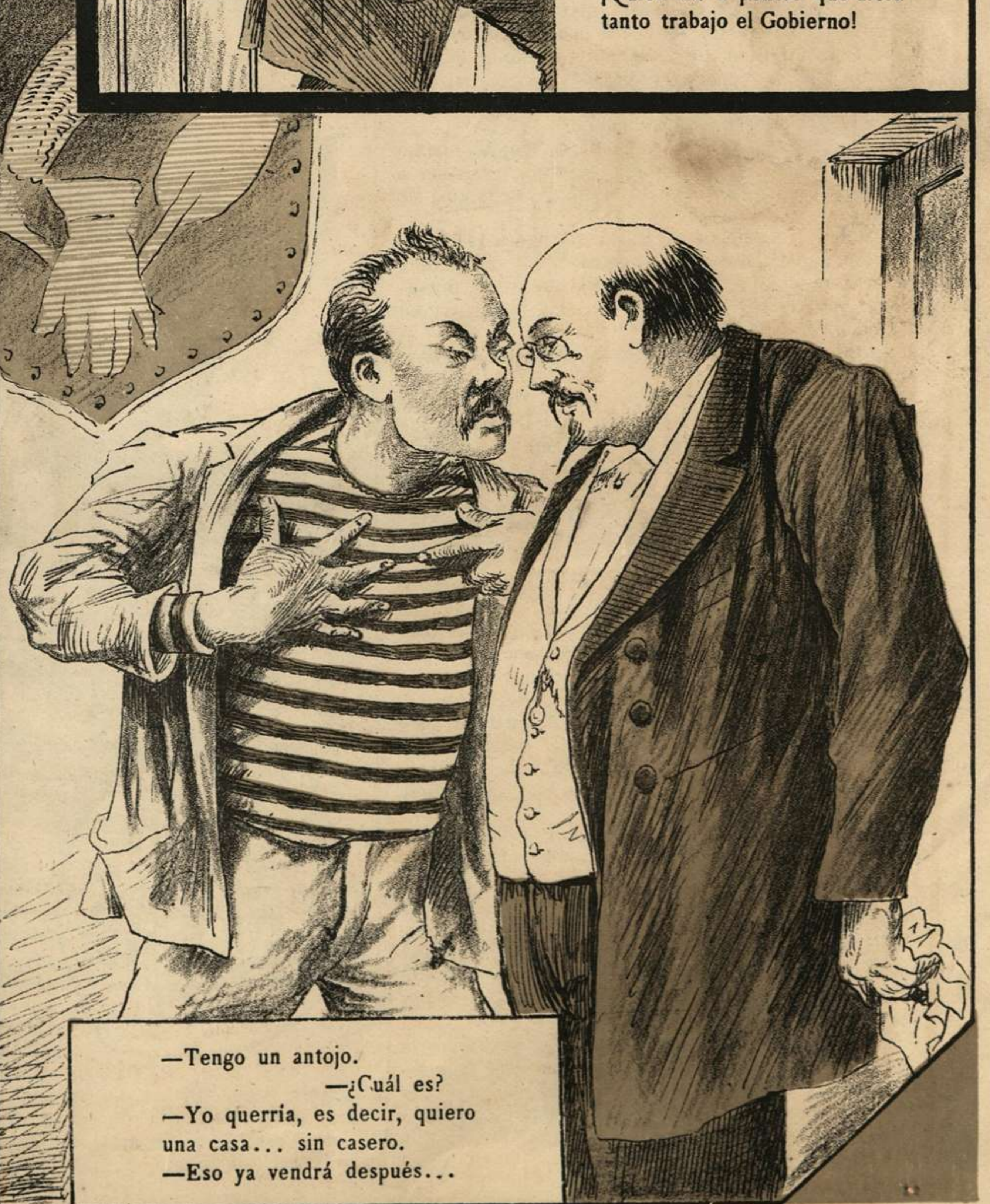
Así, en cuanto supieron eso de la mutación á ofrecer casa acudieron los caseros en montón.



Décima quinta escalera que subimos ¡voto á un cuerno! ¡Quién iba á pensar que diera tanto trabajo el Gobierno!



¡Demonio, que estoy cansado! Y aún, después de estos quebrantos, dirán que no he trabajado. ¡Si parece que he jugado un partido á ochenta tantos!



—Tengo un antojo.
—¿Cuál es?
—Yo querría, es decir, quiero una casa... sin casero.
—Eso ya vendrá después...

á dormir tranquilamente con el socorrido pretexto de que su naturaleza se resiste á pasar malos ratos.

En realidad el enfermo estaba gravísimo. Tres doctores le visitaban asiduamente; pero sus opiniones no coincidían, pues mientras el más viejo aseguraba que don Anastasio era víctima de un catarro á la laringe, otro de los galenos afirmaba que el enfermo padecía de dolor de quijada, y el otro, en fin, que aquello eran viruelas locas.

Así es que me quedé asombrado cuando leí el plan manuscrito, que la señora, al retirarse, nos entregó al comandante y á un servidor de ustedes.

El papelito era una especie de programa de las fiestas del Centenario.

Inútil es decir que no había ocasión de descansar un momento durante la noche, mucho más teniendo en cuenta que el comandante se acomodó en una butaca y se durmió como un cesto de los más dormilones, mientras la doméstica, acurrucado debajo de un armario, hacía lo propio, soñando sin duda con el primo de su tierra.

Ante semejante situación, dije para mi capote: «Dejemos dormir al enfermo y descansenos lo que sea posible. ¿Quién va á averiguar si he cumplido ó no el programa al pie de la letra?»

Pero desgraciadamente los estrepitosos ronquidos del comandante y los maullidos del impaciente gato despertaban á D. Anastasio en cuanto pretendía conciliar el sueño.

El descanso, pues, era imposible.

Acabáronse algunos medicamentos, y tuve que llamar á la criada para que fuese á la botica; más la muchacha se negó á salir sola á tan altas horas de la noche, y yo no supe que hacer, si avisar al Guardia Civil para que la acompañase ó dirigirme en persona á la más próxima farmacia en busca de los potingues necesarios.

Hube de optar por esto, en vista de las dificultades que ofrecía lo otro, y salí á la calle, á pesar del intenso frío que hacía, no sin despertar primero al comandante para que durante mi ausencia cuidara al enfermo; resolución que me costó cara, pues el comandante estaba soñando á la sazón con no sé qué aventuras agradables, y al ver turbados sus dulces sueños, no pudo reprimir el impulso de pegarme dos patadas en el hipocondrio.

Le dí las más expresivas gracias y salí precipitadamente.

Al cuarto de hora regresaba cargado de frascos, cajas y paquetes, á cambio de tres pesos que dejé al boticario y que no recuperaré jamás:

Cuando entré en la habitación del enfermo roncaba el comandante lo mismo que un bombardino acatarrado; lanzaba la doncella unos suspiros tan hondos que partían las baldosas y el señor Borrón se deshacía en denuestos horribles contra mí por no haber evitado que el gato se le subiera á la cama en alas de su desesperación.

En efecto, el minino estaba dando vueltas como un peón sobre la cabeza del enfermo, y solo á fuerza de reflexiones amistosas logré separarlo de la cama.

A eso del amanecer me llamó don Anastasio prorrumpiendo en lastimeras voces, y yo creyéndole víctima de algún accidente imprevisto, corrí presuroso á socorrerle, dispuesto á avisar á la Ucción en seguida.

—¿Qué quiere usted, D. Anastasio?—le pregunté asustado.

—¿Qué he de querer, desdichado de mí!—exclamó el enfermo, arrojándome una cataplasma.—¿Que ahora me acuerdo de que en el expediente número 1.500 no citó usted el artículo 15 de la ley de 18 de Octubre de 1860!

—¡Por Dios, D. Anastasio!—contesté yo.—Déjese usted de expedientes y agáchese usted, que le voy á plantar veinticuatro sanguijuelas en el reverso.

Al ruido de las voces se despertaron el comandante, la criada, la señora y un lorito, que empezó á pedir chocolate y á insultarme de un modo escandaloso, hasta el punto de que su dueña tuvo que ponerse á rascarle, mientras el pobre enfermo solicitaba angustiosamente un reparo en el estómago.

El comandante, medio dormido, fué á dar al paciente agua panada; pero yo, que estaba á los quites, agarré una botella de Jerez y se la presenté, considerándola como el mejor de los específicos conocidos.

Pero ¡ay triste de mí! no era aquello lo que don Anastasio deseaba, sino una tortilla de acelgas, siendo lo peor del caso que me arrebató la botella con la fuerza del delirio y me la estampó en la cabeza.

Quedé aturdido, bañado en Jerez y sin saber qué hacer, si rematar al moribundo con la puntilla, ó bailar me un pericón para distraer á la desconsolada esposa.

Opté, al fin, después de secarme y vendarme la cabeza, por tomar la puerta y regresar á mi domicilio, en donde me aguardaba intranquila mi escamada consorte, con la cual sostuve este diálogo.

Ella—¿Qué es eso Felipe?

Yo—Que vengo descalabrado.

Ella—Y oliendo á vino que es un gusto.
Yo—Ya te explicaré...
Ella—De donde tú vienes es de una farra.
Yo—¡Pero mujer!... (¡Esto me faltaba!)
Ella—Calla, calla. Así no hay sueldo que baste...
¿A ver el dinero que traes?
Yo—¡Hija mia, si todo lo he gastado en la botica!
Ella—En la botica, ¿eh?... ¡Infame!

Total: ocho días de enfado conyugal y las desazones domésticas consiguientes.
Visto lo visto, quédense ustedes, si quieren á velar enfermos.
Lo que es yo... ¡cualquier día!

JUAN PEREZ.



En el exámen

—Veamos si Vd. me dice el nombre de algún cetaceo, un grave examinador, pregunta á su examinando; y al ver que se queda mudo pensativo y cabizbajo, le interroga nuevamente diciéndole:

—Pues veamos si sabe quién es Cuvier. Y el jóven atolondrado contesta rápidamente: Ah! Cuvier es un cetaceo.

EL DE LAS GAFAS



Hagamos un paréntesis, lectoras amigas. Dejemos que se desvanezca el aleteo de las conversaciones frívolas y que se apague el murmullo de la charla alegre y el eco de la risa franca y clara.

Será solo por un día, mis amigas, y un día es muy poco tiempo.

Por otra parte, en esta sección, á ustedes dedicada exclusivamente, á ustedes que son tiernas y

que necesitan de cuando en cuando algo que llegue al corazón, que pide impresiones que no puede darle nuestra acostumbrada charla lijera y fútil, en esta sección, decía, por tales causas, no suena discordante la nota quejumbrosa del sentimiento.

Además, segura estoy, de que ustedes, como yo, quieren aún hablar un poco, recordar una vez más, evocando la esbelta sombra con las reminiscencias de pasados días—la blanca figura que nos arrebató el cielo.

He visto á muchas de ustedes rodeando el ataud de Quina Arraga, y por eso creo que les gustará que hablemos aún una vez de ella.

Era tan buena, que bien puede decirse que su muerte ha herido una fibra de cada corazón.

No hablemos de sus triunfos en los salones y en los estrados del Club Católico y de «La Lira», y en todas partes donde hubo necesidad de que una voz hermosa y pura se elevase pidiendo un momento de exaltación para el arte ó un óbolo para la desgracia. Hablemos de ella tan solo; de su corazón de oro que debía por fin romperse al brutal estrujón de la mano descarnada que no perdona.

Ya todo aquel tesoro de bondad que guardaba, aquel caudal de dulzura que derramara generosa y pródiga ha desaparecido y solo nos quedó, por pocas horas, aquel despojo que dejó la muerte al sentarse á la cabecera de su cama.

Y así la hemos visto en su blanco ataud de virgen, ataviada con las blancas galas de la novia, al celebrar en aquel lecho triste, sus desposorios con la muerte.

¡La creatura bella, bianco vestita!

¡Cuán bien le conviene este verso que el altísimo poeta dedicó á una gentil figura de su cielo; cuán bien se aplica á la dulce criatura que, vestida de blanco, hemos visto todas en su lecho de rosas pálidas, hundida entre ellas sin ajarlas su cabecita hermosa que la muerte no logró desfigurar! ¡Y cuánto frío, y cuánto miedo y cuánta tristeza sentirá por la noche en la helada tumba, ella, acostumbrada á reinar y dar vida y alegría en los salones, entre las flores, y las gasas y las luces!

Solo nos queda su recuerdo, y la facultad de evocar su sombra, que veremos como ella era, delgada, airosa, suave su mirada y su acento, buena como las virgenes cristianas, con el encanto poderoso de su dulzura.

¡Como era, hay que decir ya!

¡Pobre Quina! ¡Cuán solo descansará su cuerpo en su tumba cubierta de rosas! ¡Cuán luminoso se mostrará su espíritu en los eternos coros que cantan al Creador en la rejión desconocida en que jiran las esferas!

Terminemos esta conversación que no ha sido más que un desahogo que creo que todas necesitábamos y pasemos á hablar de cosas menos tristes.

Hé aquí nuestros figurin:

Cuerpo Recuerdo de Azoí—Forma chaqueta redonda y corta, de felpa color de nutria, astrakan gris ó negro. Este cuerpo está cruzado y cerrado con cuatro botones de plata y oro. Grandes solapas y cuello peregrina de moaré gris, sobre las que se destacan otras pequeñas solapas de la misma tela del cuerpo. El cuello Médicis es doble y lo mismo que el cuerpo. Mangas abolsadas con bocamangas de moaré. Camiseta pliegada y cuello recto, de faille blanco, con lazo de corbata también de faille. Este cuerpo se pone con toda clase de faldas, lo cual resulta muy elegante.



ALINA DORÉ

¡Qué martirio!

En un almacén que puso frente á mi casa un sujeto, con el título chocante de *El suspiro de un carrero*, entra todas las mañanas un señor flacucho y viejo, y ayer sostuvo este diálogo con el amo del comercio:

—Buenos días, Marcelino.
—Muy felices, don Ruperto.



¿Qué va á ser?

—Pues lo de siempre;
medio kilo de fideos
—¡Pero hombre! ¿Siempre lo mismo?
¡Cuidado que hace ya tiempo
Que no compra usted otras cosas
en este establecimiento!
¡Yo que tengo unas ciruelas
que da envidia. ¡Yo que tengo
chorizos inmarcables
de Badajoz! ¡Yo que puedo
darle á usted soberbias latas
de escabeche y de pimientos
y queso de Roquefort!
con gusanos sobrepuestos!
¡Yo que vendo un chocolate
Que... (no sé como lo vendo)
y una carne de membrillo
sin piltrafas y sin huesos!
—Pues ¡qué quiere usted! en el mundo
todo tiene fundamento.
Yo compro fideos finos
porque no hay otro remedio
—¡Ah vamos! Usted los lleva
porque no tiene dinero
para más. Pero hay cien cosas
distintas al mismo precio.
—Es que no soy partidario
de ir por la calle comiendo.
—¡Toma! Pues coma usted en casa
que es lo que todos hacemos.
—No es posible

—¡Qué rareza!
¿Es que no le manda el médico
mas que sopa y usted teme
que le sorprenda comiendo?
—No, Marcelino es que el cuarto
donde vivo es tan estrecho
que no puedo alimentarme
nada mas que con fideos.
Y han de ser de los mas finos
que un dia los llevé gruesos
y al verme forzar los muros
me quiso echar el casero.

J. PEREZ ZÚÑIGA.



¿Peru que es estu?
—Dicen que un teatro
—¿Que barbaridad—?

TEATROS

Casi todas las obras puestas en escena en el Nuevo Politeama en los ocho dias transcurridos, lo habian sido ya anteriormente, así es que nada nuevo podemos decir á Vds. sobre la interpretacion de las tales.

Gioconda, I Pagliucci, Rigoletto, Cavalleria Rusticana, Lucia de Lammermoor, Cármen y Hernani han ocupado los carteles en esta semana.

Como se vé, la única novedad presentada por la compañía Ciacchi es *Cármen*, la hermosa y original ópera del malogrado Bizet.

Sobre su interpretacion diremos que fué regular. La Tancioni es una artista guapa, ó brava, como dicen ellos, lo cual hemos podido notar en *Gioconda*, pero ya se resiente mucho su voz de... (¡diablo! ¿cómo lo diremos, tratándose de una dama?) se resiente de... ¡vamos! de cierto gastamiento producido por los años ¡digo! (qué apuros!) por los muchos dias (esto es más suave) que lleva de duracion su carrera artística, y ¡claro! por las muchas noches que han traído esos dias tras sí, y ¡natural! por las muchas óperas que en tales noches ha debido cantar.

No obstante, se portó con bravura, cantando con buena voluntad; sin embargo, *Cármen* requiere más facultades para ser interpretada correctamente.

Brasi, que ya ha conseguido tener de su parte al público, fué aplaudido y cantó con correccion y gusto.

Urbinati hizo un *Escamillo* bastante bueno.

Lástima que tenga que salir de torero.
Porque, lo cierto, es que revientan esos *toradores!*

La compañía Podestá-Scotti llegó por centésima vez á esta bendita ciudad, é instaló su circo ó carpa ó lo que sea (¡hasta teatro le llaman algunos!) en la calle Queguay.

Aunque el local no es elegante ni muchísimo menos, y la gente está ya cansada de ver siempre las mismas gauchadas repetidas en los mismos dramas ó lo que sea, malos casi todos, si exceptuamos á *Juan Soldao* y *El entenao*, todo lo más granado del Cordon y la Aguada ha acudido á aplaudir las barbaridades de Juan Moreira y demás colegas.

Anoche, debe haberse estrenado *Los guachitos*, del Dr. Regules.—Hablaemos de ellos en la próxima crónica.

RE-BEMOL.



¿Ha visto V. cosa igual?
—Si señora muchas veces

¡Por Dios, señor Director de Correos y otras yerbas haga usted el bien de escuchar nuestras justísimas quejas! Sus empleados, del periódico sin pagarlo se aprovechan lo cual no deja de ser una cosa muy mal hecha. ¡Ah! quien pudiera agarrarles un rato por las orejas y tironeárselas mucho, hasta sacarlos sin ellas! De los paquetes que enviamos para los pueblos de afuera, á nuestros pobres agentes solo las fajas les llegan! Podemos mostrarle cartas en que de esto ellos se quejan si es que usted creer no quiere ó es sordo de conveniencia. Diga usted á esos señores que ya que en leer se empeñan sin pagarlos, les daremos cuantos ejemplares quieran. Pero, por Dios, que no dejen sin leer CARAS Y CARETAS á los buenos suscriptores que pagan bien y lo esperan.

(Verán ustedes lectores

como esta queja no llega á oídos del Director hasta... las calendas griegas!)

Según se dice, la fortuna del tortillero Camperi asesinado el Domingo, era magnífica. Y si no, lean ustedes.

En una vidriera cinco ó seis recipientes de lata de los que se emplean para el kerosene, repletos todos ellos de libras esterlinas.

En otros recipientes de mayor tamaño gran cantidad de billetes de Bancos y los títulos de las diversas propiedades de que era poseedor.

En otro tarro se halló considerable cantidad de monedas de plata y cobre.

Señores, despues de leer tales noticias, no quiero demorar un solo instante sin meterme á tortillero.



Respetables lectores:

Pensábamos ocuparnos hoy en nuestra caricatura del nuevo ministerio, pero como apareció el decreto demasiada tarde, nos ha sido imposible cumplir nuestro deseo.

Y, á propósito. En el próximo número, tambien, empezaremos á publicar una galeria de periodistas, lo cual ponemos en conocimiento de Vds. para que no les coja de sorpresa esta repentina aparicion de los amasadores del pan intelectual del pueblo.

Con que, hasta más ver.

En el barrio de la Aguada hace tres dias se ha hundido sin causar desgracia alguna, la casa escuela de niños. Solo el cuarto donde estaba el maestro, no ha sufrido ningún deterioro, y sigue firme y sereno en su sitio. Si eran paredes maestras las del local derruido al no aplastar al maestro fué... por el compañerismo.

El presente número por habernos retrasado esperando el nombramiento de Ministerio, (que luego se efectuó cuando ya teniamos todos los dibujos hechos) ha sido impreso en un solo dia.

Para los que entienden de cosas de litografia, no se escapará que los talleres de *La Razón* han hecho una maravilla. Porque la verdad es que está muy bien impreso, y no porque yo lo diga.

En otro establecimiento que no fuera el de *La Razón* hubieran perdido la razón todos los obreros, y me la hubieran hecho perder á mi.

De modo que con razón me precio de tener razón al decir que por tal razón *La Razón* puede considerarse como el primer establecimiento litográfico de la capital.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Bebé—(Donte esté)

Tendrá usted poca vergüenza
Cuando así quiere lucir
Todo el caudal de torpeza
Que tiene dentro el majin.

Miguelito—Montevideo—La otra es muy hiriente y directa. No puede ir.

Je t'aime—Id.—¡Pero hombre! ¿Quién le ha dicho á Vd que lo que mandó es la firma?

Sisebuto—Canelones.

Su versito «Cosas raras»
me indica don Sisebuto
y lo hace muy á las claras,
que es usted un pobre bruto.

Fermin Preasuar—Se publicarán dos, mediante algunas modificaciones si á Vd le parece.

Pelotarís—El corazon me anuncia que es usted tonto. ¡Y cuidado, que yo creo en los presentimientos!

Pandense—Pan do—Pensaré sobre eso.



LA RAZON

Establecimiento Tipográfico y Litográfico
57-CALLE CERRO-57

En este Establecimiento se ejecutan con rapidez y esmero todo género de trabajos de Tipografía y Litografía, como ser: Facturas, Tarjetas, Rótulos, Circulares, Acciones, Billetes de Banco, Letras de Cambio, Cheques, Conformes, Memorandums, Planos, Diplomas, Músicas, etc., etc.

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE CROMO

Periódicos, Folletos, Impresiones de lujo, Fabricación de Libros en Blanco, Encuadernaciones de todas clases, Trabajos para el Comercio y Administraciones Públicas.



EL ANTICUARIO

CALLE 18 DE JULIO N.º 184

Vende compra y revende -El Anticuario- libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario, los paga bien y no los vende caro.



Estudio Fotografico de DOLCE Her.

Calle Sarandí Núm. 359
Retratos modernos de busto á la romana

A Dolce, es ya cosa vista, nadie á retratar lo gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.



LA MALLORQUINA

18 DE JULIO N. 71

Especialidad en tortells, ensiamadas, pasteles, etc.

Vende esta casa, señores ensiamadas mallorquinas, y otras pastas superiores muy baratas y muy finas.



AL POLO BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

De el «Polo Bamba» un café de clase tan superior, que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



Caras y Caretas

SEMANARIO FESTIVO

El más lujoso de América. Y esto no lo decimos sólo nosotros, sino que tambien lo dice el ejemplar que tienen ustedes delante.

La suscripcion, aunque parezca mentira, cuesta sólo un peso.

Publica semanalmente más dibujos que generales hay en el ejército, lo cual es mucho decir.

Y como es mucho, no decimos nada más.

Siño que se suscriban Vds.



FOTOGRAFIA INGLESA DE J. FITZPATRICK



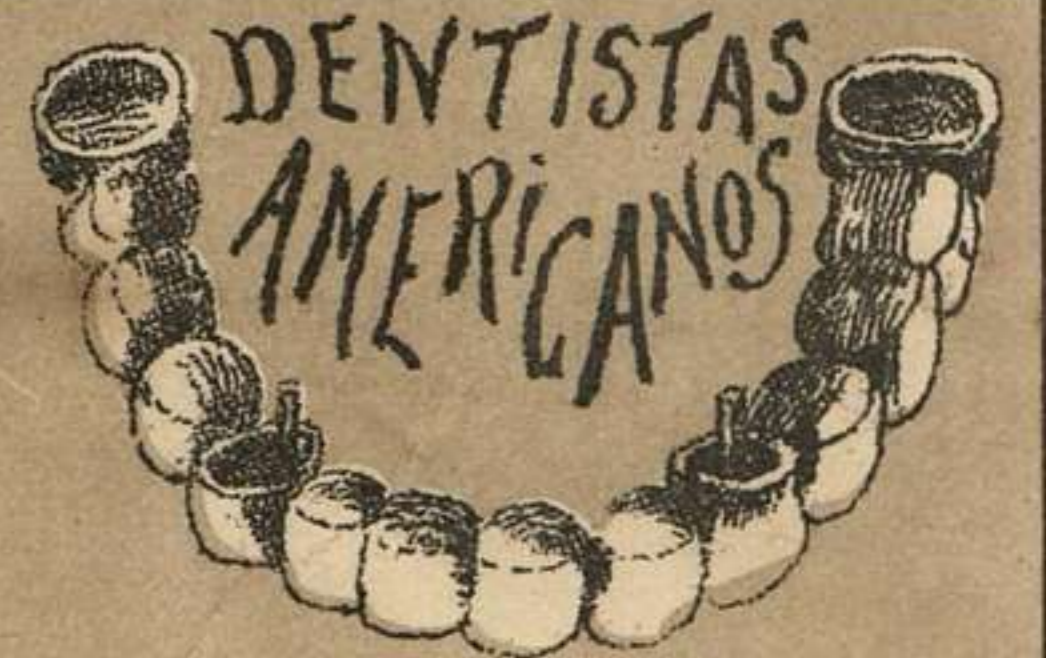
Calle Rincón, 176

Hace esta Fotografia retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.

COMPRE el.



Se vende en las principales tiendas



Verdaderos especialistas en los trabajos modernos de la profesion.

Sarandí esq. Cerro. Entrada: Cerro, 126

LA PERLA JEREZANA DE RAMON TREVIÑO



Frente al Teatro Solís

En la PERLA JEREZANA se cena tan bien, señores, que ningún hotel le gana á dar platos superiores.